

# EL ALMA DE ESPAÑA DESDE LA ETERNIDAD DE SUS PIEDRAS

Por el Dr. W. J. A. VISSER

**E**N el Monasterio-Palacio de El Escorial, el alma de España queda simbolizada por la unidad de la Iglesia y el Estado, que revela la ingente mole. Si en Versalles el señorial dormitorio, situado a bastante altura, constituye el centro del imponente palacio, edificado sobre una colina, donde la hora de levantarse y acostarse el Rey, con las ceremonias de rigor, determina el ciclo de los días, igual que los momentos de salida y puesta del sol; y si en el Palacio de Schönbrunn la acogida cortés de los invitados en las suntuosas escaleras situadas en el centro del edificio, revela la alegre hospitalidad de sus moradores, en El Escorial, emplazado en un valle cerrado, lo es el Cristo Eucarístico. Quien, recluído en el seno del convento-palacio, ocupa el Trono. Aquí son las plegarias que hasta El le elevan los monjes entonando las salmodias que determinan el comienzo y el fin del día. Todo el poderío queda supeditado a Cristo; también al del

Rey, quien, desde su dormitorio, de una sencillez conmovedora, eleva la mirada hacia el altar mayor de la capilla, donde su Majestad celestial reina en el Misterio.

Este convento-palacio, erigido con granito de perenne duración, impone el arrepentimiento, y así lo comprendió el poderoso Felipe II cuando, en un «memento mori» emocionante, señaló lo perecedero de todo lo terrenal, y cuando, tendido en su lecho mortuario, no se avergonzó de mostrarle a la hija que tan entrañablemente amaba su cuerpo flagelado por la enfermedad, para exhortarla el arrepentimiento.

Tal como por su recóndito emplazamiento El Escorial constituye un mundo en sí, España entera, por su situación geográfica, forma una sola unidad. Igual que el Palacio-Monasterio expresa, por la sobriedad y severidad de sus bien proporcionadas líneas y forma, el concepto que sus moradores tienen de la vida, así el país entero es duro e implacable para con sus habitantes a causa de su sol ardiente, la inclemencia de sus inviernos, la carencia de lluvia y la abrumadora aridez de su suelo. Las maderas procedentes de lo que es hogaño un país carente de bosques, le abrieron para él y para el mundo paso a tesoros y riquezas lejanas e ignotas. Por otra parte, la explotación total de los bosques llevó al país a una situación menos próspera y enseñó al pueblo a cumplir su cometido con dura firmeza y persistencia, arrebatándole la subsistencia al suelo con todas sus fuerzas. Estas condiciones geográficas y climatológicas han culminado en una forma de ser que han engendrado eminentes santos y hombres próceres, afanados por engrandecer al pueblo y a la Patria, haciendo de los españoles seres comedidos y severos para sí mismos y, precisamente por eso, duros y firmes para con los demás cuando se sienten amenazados en sus conceptos cristiano y político de

la vida, como lo testimonian los episodios de la historia y de la cultura hispanas.

La Historia de España, cuyos anales se custodian amorosamente dentro de las sólidas murallas del castillo de Simancas, cautiva por su naturaleza. Abunda en episodios de importancia universal. En España, como confín del mundo, donde el vasto océano se extiende hasta el infinito, las costas orientales ya eran escena de navegantes y de colonizadores cuando el interior del país estaba aún envuelto en la penumbra de la Historia. España se convierte y sigue siendo durante largo tiempo puente de enlace de dos esferas del poder y de la civilización: la oriental y la occidental. A medida que las huestes del conquistador irrumpen en el país por el Sur o por el Norte, ocupándolo total o parcialmente, éste dirige la mirada en las dos direcciones. Primero es conquistado por los cartagineses, que entran en el país por el Sur, y luego son los romanos quienes lo invaden por la frontera septentrional. La civilización oriental alterna con la romana, y el país es romanizado por mucho tiempo. Con la inmigración llegan desde el Norte los visigodos germanos, los cuales, a su vez, son rechazados por los árabes, que invadieron el país por el Estrecho de Gibraltar, conquistándolo por asalto. Con su ciencia y su cultura, los árabes fueron dando al país gran esplendor, erigiendo, cual flores hermosísimas, las magníficas ciudades de hadas: Córdoba, Sevilla, Granada... En las agrestes regiones del Norte, algunos Estados cristianos pequeños (Navarra, León, Asturias y Castilla) hacen frente a los conquistadores, a quienes acosan a su vez, tratando de expulsarlos del territorio. Francia, que también se siente amenazada por los infieles, apoya a aquellos pequeños Estados del Norte de España y envía refuerzos, los cuales se agrupan en torno al

heroico estandarte del Cid Campeador. La Orden de Cluny predica la Cruzada contra los moros, y numerosos nortteños peregrinan a la tierra de Santiago. Esto produce durante largos siglos el choque en estas tierras de dos conceptos en cuanto al mundo, adquiriendo para los españoles la posesión de la fe cristiana, el significado de un bien conquistado por la lucha y el ascetismo. A fines del siglo xv el país se halla por completo en poder de los gloriosos Reyes Católicos, Fernando e Isabel, y las tierras sembradas de castillos: Castilla, Burgos, Valladolid, Salamanca, Segovia y Avila constituyen las perlas de su corona. Lograda la unidad de España, comienza el período glorioso de los Habsburgo y la importancia universal de la nueva dinastía. Ha sido Francia la que en el siglo xvii consiguió empuqueñecer el poderío atezante de España, pero España, a su vez, logra debilitar la posición de Francia en los tiempos napoleónicos cuando, como piedra angular de la libertad, aquélla da el primer golpe para la redención final de los países europeos. •

España ha desempeñado un papel importante no tan sólo en el campo político, sino también en el orden cultural. Muchas veces se ha pretendido que España está tan influida por corrientes culturales de todo origen, que ya no es posible hablar de una cultura propiamente nacional. No cabe mayor desatino, porque todas las manifestaciones del arte extrañas, las exóticas del Oriente y las sobrias del Occidente, están injertadas en las condiciones geográficas del país y en el carácter de los habitantes que lo pueblan; y así, los artistas de los estilos mudéjar, plateresco y churrigueresco han tallado en numerosas y resplandecientes facetas el brillante que encuentra su aureola en el estilo desornamentado que representa la creación de Herrera: El Escorial.